

EL DERRUMBE

YA DESDE principios de 1866 se advirtió que Bazaine, casi sin informar de ello al Emperador, reconcentra las tropas francesas para evacuarlas del territorio mexicano. A pesar de la palabra dada por Napoleón a Maximiliano, de retener los contingentes expedicionarios en México durante cinco años, el monarca francés llamaba a sus soldados sin preocuparle la suerte del soberano austriaco en México.

Las noticias del general Almonte desde París, a donde había ido comisionado para solicitar la ayuda de Napoleón, eran negativas. Ni soldados, ni dinero se obtenían para sostener el Imperio que ya se tambaleaba ante los estupefactos ojos de quienes, ilusos, aspiraron aún a establecer una monarquía hereditaria.

Las relaciones entre Maximiliano y Bazaine eran cada vez más tirantes. Aquel hombre no reconocía como jefe al Emperador de México y la posición del Monarca era por demás desairada porque parecía depender del Mariscal y no éste del Soberano.

Y luego, otro fracaso que llenó de lágrimas los ojos de la Emperatriz. La Legión Austriaca que Maximiliano solicitara de su hermano Francisco José, se había devuelto, ya formada y a punto de embarcarse para México, a su cuartel de Trieste, pues el gobierno de Washington que para entonces se había liberado de su

guerra civil e intervenía en los asuntos americanos, amenazó al Emperador de Austria con una ruptura de relaciones, si un solo soldado de su país salía hacia territorio mexicano. Y Francisco José tuvo más en cuenta su propia conveniencia que la suerte de su hermano en México.

Aquello fue un golpe de muerte para el ánimo de los Emperadores y de los conservadores e imperialistas. Si los soldados franceses se iban, si la Legión Austriaca no venía, no quedaban en torno de Maximiliano más que unos miles de mexicanos y otros tantos austriacos y belgas de la original Legión Extranjera. Y casi sin jefes, pues los principales, Miramón y Márquez, habían sido enviados a Europa por ciertas desavenencias surgidas en el seno de la monarquía. Además, sin recursos, puesto que las cajas del Imperio estaban en bancarrota.

Fue entonces cuando Carlota se aprontó para ir a Europa con la certeza de que ella conseguiría la ayuda de Napoleón para aquel Imperio que era su obra. Y que las cortes europeas no podían serle indiferentes.

Salió de México el 9 de julio, acompañada de sus damas de honor, doña Manuela Gutiérrez de Estrada del Barrio, una sirvienta mexicana y otra vienesa, a más de un nutrido séquito de chambelanes, funcionarios, ayudantes, oficiales y muchos más servidores. Iba vestida de riguroso luto por la muerte de su padre, Leopoldo I, acaecida en diciembre anterior. Y el negro de su austero atavío, daba un aspecto más sombrío a su juvenil rostro marcado ya con la huella de intensos sufrimientos.

El Palacio y el Alcázar sin la femenina presencia de Carlota y sus damas, se vieron vacíos; y Maximiliano sintió en lo profundo un motivo más de abandono.

Las noticias de la guerra reportando las recuperaciones territoriales de los republicanos que, por victorias propias o por la re-